
Prefacio

¿ EL PRINCIPIO DEL FIN?

Shankill Road, área férreamente protestante de Belfast, es una zona ajetreada los sábados por la tarde; las familias se dedican a la compra del fin de semana, deteniéndose a charlar con allegados y amigos. El 23 de octubre de 1993 era un luminoso día de otoño, y la calle estaba a rebosar de gente que disfrutaba de un inesperado sol. Cuando estalló la bomba en la pescadería del barrio, murieron diez personas en la explosión, incluyendo dos niños y el propio autor del atentado, que resultó ser miembro de un grupo paramilitar republicano.¹

Aunque a lo largo de los años nos hayamos acostumbrado a tales asesinatos, la tarea de recoger los cadáveres y reconfortar a los desconsolados familiares no resulta más fácil. Y la tarea de mantener la fe en la construcción de la paz puede verse gravemente dañada por tales hechos violentos.

Al día siguiente, con el corazón apesadumbrado, me dirigí al lugar de los asesinatos. Sólo quedaba una montaña de escombros para marcar el lugar donde había estado la pescadería; frente a ella, había empezado a crecer un montículo de flores y cartas. Me detuve para añadir mi propio mensaje de condolencia para los familiares de los muertos, y, al hacerlo, constaté que muchos de los mensajes similares para los protestantes de Shankill Road eran de católicos

1. La expresión «republicano» se utiliza generalmente para describir a aquellas personas y grupos que desean una Irlanda unida, y que están dispuestos a respaldar el uso de la violencia para lograrlo. Los republicanos son en general de la comunidad católica.

indignados porque los asesinatos se hubieran cometido en su nombre.² Algunos hablaban de hijos encarcelados, de familiares asesinados por paramilitares republicanos o lealistas, y todos expresaban su deseo de paz.

Una semana después, en Greysteele, una tranquila población en el noroeste de Irlanda del Norte, los paramilitares actuaron de nuevo. Esta vez fueron los lealistas, que atacaron lo que pensaban que era un bar católico, abriendo fuego indiscriminadamente y matando a siete personas. Y, una vez más, los afectados, esta vez católicos, no se quedaron solos en su aflicción. Sus vecinos protestantes se acercaron a participar en sus cortejos fúnebres y funerales, e incluso reprocharon a sus políticos no haberse sumado a ellos en el duelo colectivo. Fue un cambio saludable frente a los días y años en que tales hechos violentos desembocaban casi inevitablemente en un deseo de que se diese alguna represalia colectiva y agresiva contra la otra comunidad.

En los meses siguientes continuaron las muertes. Eran sobre todo individuales y esporádicas, pero se produjo otro ataque de lealistas contra un pub, en el cual murieron seis católicos que estaban viendo un partido del Mundial de fútbol. Pero aunque continuaban los homicidios, también continuaban multiplicándose los signos de esperanza. Una y otra vez, las comunidades cruzaban las barreras sectarias para compartir el duelo. Trabajadores protestantes de los astilleros convocaron una huelga cuando un colega católico fue asesinado. Católicos auxiliaron a un soldado británico que agonizaba alcanzado por disparos del Ejército Republicano Irlandés efectuados en su nombre. Trabajadores comunitarios protestantes y católicos marcharon juntos por las calles de sus respectivos barrios, dando fe pública de su solidaridad. Y más y más miembros de los cleros empezaron a atravesar las líneas divisorias sectarias para compartir los funerales de los otros.

Allá por el verano de 1994, el deseo, y la exigencia, de paz se habían hecho implacables. Los meses anteriores habían sido de febril mediación y negociación entre gobiernos, políticos y paramilitares. Y, por fin, el 31 de agosto, llegó el anuncio:

[...] la dirección del IRA ha decidido que desde la medianoche del 31 de agosto habrá un completo cese de operaciones militares.

2. La expresión «católico romano» debería utilizarse para describir a quienes son fieles a Roma antes que a las tradiciones religiosas de la Reforma/Protestantes, pero en Irlanda del Norte se utiliza con mayor frecuencia el término «católico».

Seis semanas después, el Comando Militar Combinado Lealista (CLMC), en representación de los principales grupos paramilitares lealistas, siguió la senda anunciando su propio alto el fuego, con la condición de que no hubiera un regreso a la violencia por parte del IRA. Pedía perdón a todos aquellos que habían sido víctimas inocentes de su violencia, y apelaba a que todos en Irlanda del Norte:

[...] deberíamos tomar la firme decisión de respetar nuestras diferentes visiones de libertad, cultura y aspiraciones, y no permitir nunca más que nuestras circunstancias políticas degeneren en sangrientas guerras.

Estos anuncios del IRA y el CLMC, los principales protagonistas paramilitares de una guerra en Irlanda del Norte que se había prolongado durante 25 años con un coste de más de 3.000 vidas, marcaron un nuevo y esperanzador amanecer en la tantas veces sangrienta historia de la isla de Irlanda. Aunque el conflicto, e incluso parte de la violencia, aún no se ha acabado, el énfasis que ambas organizaciones pusieron en su deseo de avanzar hacia procesos democráticos marcó el inicio de algunas posibilidades, y retos, nuevos para Irlanda del Norte. Los meses que siguieron a las treguas no han sido fáciles, con continuos rifirrafes entre los partidos políticos sobre los acuerdos para las conversaciones multipartidistas y la entrega de las armas paramilitares. Irritado por tales demoras, en enero de 1996 el IRA dio por terminado su alto el fuego y reanudó su campaña de atentados, actuando en el centro de Londres.

Pese a ese renacer de la violencia, y pese al hecho de que aún hay muchas dificultades, especialmente sobre acuerdos en disposiciones constitucionales y sobre el compromiso de antiguos paramilitares con el proceso democrático, el renovado compromiso de los Gobiernos británico e irlandés para desarrollar en cooperación el proceso de paz es un buen augurio para futuros acuerdos políticos.

UN COSTOSO APRENDIZAJE

¿Cómo ha llegado Irlanda del Norte a este punto decisivo? La construcción del camino que ha hecho posible estos progresos ha sido el resultado del desarrollo de muchas iniciativas de resolución de conflictos, algunas de las cuales se esbozan en este libro. La trágica prolongación del conflicto nos ha proporcionado tiempo para desarrollar algunas formas sistemáticas y eficaces de hacer frente a algunas de las muchas causas y manifestaciones del conflicto. Esos aconteci-

mientos no sólo han contribuido de forma sustancial al desarrollo de la infraestructura de paz que ha hecho posible el avance, sino que también nos han ayudado a desarrollar muchos marcos, tanto conceptuales como estructurales, que continuarán inspirando positivamente nuestro avance más allá de la violencia y hacia el acuerdo político.

Este libro se ha escrito con la esperanza de que sea de utilidad e interés para otros que están luchando para afrontar y resolver conflictos étnico-políticos en sus propias áreas. A lo largo de los años de nuestro conflicto hemos aprendido muchas cosas valiosas de los esfuerzos de mucha gente involucrada en zonas conflictivas en otros puntos, pero la adquisición de la información práctica que necesitábamos sobre el desarrollo de sus programas ha sido con frecuencia difícil. Aunque reconocemos que hay diferencias sustanciales en cada conflicto, confiamos en que la información que ofrece este libro sobre los programas que se han desarrollado en Irlanda del Norte quede así más al alcance de la mano de otros que no tengan tiempo que perder y sí necesidades apremiantes.

UN COMPROMISO CON LA ESPERANZA

La trayectoria de *desconstrucción* del conflicto en Irlanda del Norte y de creación de nuevas posibilidades para su solución no ha sido fácil. Mi propio papel en estas labores comenzó en 1985, cuando, harta e irritada con el conflicto que había constreñido y oscurecido la mayor parte de la vida de mi familia, decidí meterme en el fragor de la pacificación en Irlanda del Norte. El camino me llevó a muchas vías exploratorias del mundo de la resolución de conflictos, en pleno desarrollo. Tras constatar que apenas había formación autóctona para este tipo de resolución, organicé un proyecto de preparación para la resolución de conflictos en Irlanda del Norte, con especial énfasis en necesidades y temas locales. Por medio de las universidades, también organicé cursos sobre comprensión y formas de afrontar conflictos para planificadores de programas políticos y médicos en los sectores de la administración y voluntariado. En 1985, asumí un análisis conjunto (Frazer y Fitzduff, 1986) para un organismo asesor del Gobierno sobre la idoneidad o no de las estrategias existentes para la resolución de conflictos y en particular del trabajo de relaciones intercomunitarias. El informe concluía que ese trabajo era inadecuado, no estratégico y con muy escasa dotación económica, puesto que se le destinaba menos del uno por ciento del presupuesto de seguridad.

Espoleado por el informe, en 1988 el Gobierno constituyó en su propio seno una unidad central, la Unidad Central de Relaciones Comunitarias,³ para supervisar el desarrollo de esa labor, y en 1990 la unidad, a su vez, instituyó el Consejo de Relaciones Comunitarias (CRC), un organismo independiente dedicado a mejorar las relaciones entre las comunidades y a fomentar la resolución de conflictos en Irlanda del Norte.⁴ Al Consejo se le asignó la misión de abordar el trabajo de elaboración con instituciones y grupos de personas interesadas en afrontar el conflicto de forma productiva, y de apoyar ese trabajo con fondos económicos donde fuera necesario. Su misión también incluía asesorar al Gobierno en materias que plasman la división comunitaria, tales como planificación, desarrollo económico y comunitario, y educación. Como primera directora del CRC, he disfrutado del privilegio de formar parte de muchos de los acontecimientos relatados en este libro, y observar, casi directamente, otros.

UN RECORRIDO COMPLEJO

Quizás la primera lección, y la más obvia, que hemos aprendido a lo largo de los años a medida que nuestro conflicto iba inutilizando cualquier solución sencilla, es que resolver un conflicto, en especial aquellos que en general se definen como *intratables*, es un proceso complejo e interrelacionado. En cierta manera, es como hacer un rompecabezas en el que, incluso tras encajar correctamente todas las piezas, el dibujo completo puede aparecer aún con fracturas. Hemos aprendido que es imposible separar la violencia de la aparente falta de creatividad política. Sabemos que las discusiones políticas han fracasado en general por la falta de relaciones de confianza entre los

-
3. La Unidad Central de Relaciones Comunitarias (Central Community Relations Unit) se creó como tal unidad dentro de la Oficina para Irlanda del Norte, con el mandato de promover las relaciones comunitarias mediante su trabajo con otras entidades gubernamentales. Además, tiene responsabilidad global de asegurar la eficaz aplicación del trabajo de igualdad dentro y por el Gobierno, y de los programas municipales de relaciones comunitarias (capítulo 3).
 4. La financiación del Consejo de Relaciones Comunitarias proviene de una combinación de la Comunidad Europea, el Gobierno británico y fondos de fundaciones. Su presupuesto, en 1995, fue de unos cuatro millones de dólares (600 millones de pesetas), y tenía una plantilla de 16 personas. Sus funciones principales son subvencionar trabajo de reconciliación y ayudar a su desarrollo.

políticos. Entendemos que los políticos sienten en muchos casos que no pueden ir más allá de las percepciones y temores de sus propias comunidades. Sabemos que afrontar las desigualdades estructurales es una parte esencial de la resolución de conflictos, pero que muchas de ellas sólo pueden ser corregidas si hay un desarrollo económico adecuado.

Sólo reconociendo y afrontando los diversos hilos de estas complejidades hemos conseguido movimientos significativos para ir abriendo los corsés que tanto han restringido nuestro avance. Es interesante ver que algunos de los más recientes trabajos teóricos sobre resolución de conflictos (Lederach, 1994; Dugan, 1994) confirman la necesidad de un enfoque multifacético en este ámbito.

Nos hemos encontrado con que la práctica de desarrollar «piezas de paz» (Rothman, 1992) es útil, dado que ofrece a los grupos una forma manejable de afrontar conflictos localizados e institucionales y una forma de ir acumulando experiencia y confianza antes de pasar a afrontar las macrocuestiones de la pacificación política. Ese concepto proporciona una idea más perfilada a esos grupos, que en muchos casos están descorazonados e intimidados por el sentimiento de la abrumadora necesidad de poner fin a toda violencia lo antes posible. Muchas de esas piezas de paz, desarrollándose lentas pero seguras a lo largo de los años, proporcionan el grueso de este libro, que esboza algunos de los enfoques que se han inventado para afrontar problemáticas particulares del conflicto. Entre esas piezas están el trabajo dentro y entre grupos y comunidades a todos los niveles para incrementar la mutua comprensión y cooperación (capítulo 3); el trabajo cultural que puede materializar la riqueza en potencia de la diversidad y el pluralismo (capítulo 4); los programas diseñados para abordar cuestiones de igualdad (capítulo 5); la contención militar de la violencia (capítulo 6); el cuestionamiento del paramilitarismo por parte de la comunidad (capítulo 7); y el trabajo diseñado para facilitar la discusión y mediación políticas (capítulo 8).

El libro contiene también un capítulo sobre las principales dimensiones del conflicto, tanto en términos históricos como temáticos, que será especialmente útil para quienes desconozcan los detalles del conflicto (capítulo 1). Incluye asimismo una sección en la que se esboza un esquema de las estrategias de resolución de conflictos que se están desarrollando en Irlanda del Norte así como del pensamiento teórico que las respalda (capítulo 2) y un capítulo sobre el trabajo de formación o preparación que se ha diseñado con el fin de incrementar la capacidad de las personas para trabajar en el área de resolución de conflictos (capítulo 9).

UNA NECESIDAD GLOBAL

En pocas ocasiones ha sido tan evidente la necesidad de programas positivos y eficaces para afrontar conflictos. La última década del milenio parece empeñada en demostrarnos la abrumadora y urgente necesidad de afrontar a nivel global el tipo de temas a los que nos hemos enfrentado en Irlanda del Norte. Situaciones que emergen en otros puntos reflejan los dilemas con los que hemos estado luchando. Reivindicaciones de autodeterminación, respaldadas por lucha armada; impulsos destructivos de limpieza étnica en formas sutiles o manifiestas; y la falta de marcos adecuados, creativos y acordados a nivel internacional para afrontar estos dilemas, han sido el nudo gordiano de nuestro conflicto durante muchos años.

Es nuestra esperanza que esas nuevas emergencias internacionales añadan un ímpetu creciente al trabajo de prevención y resolución de conflictos, y que la importancia de ese trabajo se reconozca mediante la corrección del desequilibrio entre los recursos que los gobiernos asignan actualmente a la guerra y los que asignan a la búsqueda de la paz.

Incluso el gran historiador bélico John Keegan ha llegado a la conclusión de que las tareas de resolución de conflictos, de naturaleza pacífica, son la única esperanza para el futuro de nuestro mundo (Keegan, 1993). Esperemos que tal conclusión encuentre cada vez más apoyo y financiación de los detentadores y administradores del poder en todo el mundo, a nivel institucional e individual, y que ese trabajo sea reconocido como el trabajo profético y necesario que sabemos que es en el caso de Irlanda del Norte.